



**A**LGUNA vez debió haber existido un sueco que, aparentando ignorancia del idioma, ponía cara de palo cada vez que se decía algo que a él no le convenía. Seguramente, por medio de esa argucia evitaba tener que cumplir órdenes desagradables o permanecía impacible ante pullas y sarcasmos. Seguramente, también, alguien debe haber descubierto su ardid y quiso usarlo en su propio provecho. Y al intentarlo, alguno de sus compañeros no le aceptó la treta, diciéndole una frase que, con el tiempo y la garúa, se convertiría en dicho popular:

"No te hagas el sueco".

Y así, para más de una generación, un sueco fue alguien desubicado, ingenuo e impermeable a las emociones.

Es probable que esta imagen del sueco se encuentre vigente para muchos. Pero lo que es absolutamente improbable es que ella sirva para los dos sexos. Podemos

**¿Q**UE habrá de verdad en este nuevo mito?

Tiempo atrás, los italianos, tal vez un poco envidiosos de esta fama que ponía algo de sombra a la legendaria y pasional mujer italiana, hicieron una película con Alberto Sordi que se llamaba, simplemente, "Las Suecas".

Era una comedia en que se contaban las aventuras de tres italianos que atraídos por la fama de las suecas partían rumbo a Escandinavia en busca de todos los placeres. La premisa parecía lógica. El mito popular dice que los italianos son invencibles Tenorios; las suecas, fáciles mujeres. El resultado obvio era una farra exquisita.

Pero no sucedía nada. Y la película terminaba siendo para los espectadores tan desilusionante como la experiencia de los expedicionarios italianos al país de las suecas.

No obstante este esfuerzo italiano para desprestigiar a las suecas, su fama erótica ha seguido creciendo. Y es que nada es más di-

ficil que desmistificar. Años atrás, a raíz de una serie de películas picarescas que tuvieron su origen en Francia —"La Mujer del Panadero", "Ariette y sus Papás"—, los franceses crearon fama de pícaros seductores. Todo lo que era francés era pecaminoso. Y una comedia de Ruiz Iriarte, que entre nosotros estrenó Américo Vargas, nos mostraba a un personaje que era un profesor francés al que una dama desechada había elegido como el hombre ideal para vengarse de las infidelidades de su marido. Pero —*hélas!*— el profesor francés era tímido y cuando la dama indignada le reconviene su corteidad de genio y le pide que se porte como un francés, el profesor retrucaba con trágica gracia:

—Señora, los franceses somos víctimas de la publicidad.

Y yo me estoy preguntando ahora si las suecas, no obstante la empleadita de "La Lección Particular" y las secuencias eróticas que casi necesariamente trae toda película sueca que se respete, no son también víctimas de la publicidad.

**L**A DUDA me ha nacido leyendo un cable en la prensa que transcribo en su absurdo escuetismo:

"ESTOCOLMO, 23 (AP).— La juventud radical de Suecia es conservadora en lo relacionado con el sexo, según indica una encuesta publicada por la oficina central de estadísticas."

El dilema es claro: O les hacemos caso a las estadísticas, o le hacemos caso al cine. O aceptamos esta fría realidad de los números o nos quedamos con los fervientes sueños e imágenes que nos entrega el *écran* cinematográfico.

Yo, al menos, no tengo problema. Como no tengo posibilidad —al igual que millones de espectadores de cine del mundo entero— de cerciorarme por mi cuenta, yendo a Suecia, me quedo con las emociones que me asaltan cada vez que diviso a una tentadora rubia sueca. Y me siento en las estadísticas.

Claro que, también, hay una solución ecléctica. Que las estadísticas suecas estén hechas sólo para despistar, es decir, que los estadísticos suecos se estén haciendo los suecos.

Lo que, después de todo, parecería lo más natural.

## ¿SE ESTARAN HACIENDO LOS SUECOS?

seguir diciéndole al amigo que no quiere entender lo que no le conviene que se está "haciendo el sueco", pero a una amiga, jamás.

Y esto, porque el cine, el gran inventor de mitos de nuestro tiempo, ha creado una imagen de la mujer sueca que, verdadera o no, tiene caracteres muy definidos.

En "La Lección Particular" hay un personaje secundario que corresponde a una joven empleada doméstica. Es rubia, curvilínea, desenvuelta. La puerta de su dormitorio siempre está abierta para el hijo de su patrón y los amigos del hijo. Es promiscua, desinhibida, ávida de sexo. ¿Su nacionalidad? Sueca, naturalmente.

